

ATENEA POLITICA

por Alfonso Reyes

Con Alfonso Reyes penetramos en nuestra América tan congestionada y convulsionada en el imperio sereno de las ideas claras. Enamorado de la cultura clásica, a la que tan íntimas y perdurables delectaciones debe, ha sabido ir dando a su prosa y a su verso el ritmo lento y magistral que conviene a quien se hace escuchar con atención y respeto por todo un continente.

Una conferencia leída a los estudiantes de Río de Janeiro es ahora editada en Chile precedida de unas palabras, cordiales como suyas, en que Alfonso Reyes recuerda a sus amigos chilenos (1). El editor ha procedido con oportunidad e inteligencia al iniciar con Alfonso Reyes su Biblioteca Mejicana. Mucho bien hará este conocimiento directo del gran público con la literatura mejicana contemporánea que es, por ahora, patrimonio de una muy limitada minoría intelectual. El editor, que ha hecho ya la obra de caridad de difundir en Méjico los libros chilenos, completa ahora su noble tarea impregnando del espíritu mejicano el ambiente chileno. Y la elección de esta admirable conferencia como comienzo de su campaña de cultura es lo que hay que aplaudir como su acierto primero.

Alfonso Reyes juzga su *Atenea Política* como "una obra de buena fe destinada a corregir, por lo menos para uno mismo si es que no lo logra en los demás, el abuso de ciertas nociones que esgrimidas de un modo puramente metafísico o trasladadas del terreno ideológico en que hallan natural acomodo a otro terreno en que son del todo impertinentes, oscurecen a los ojos de los incautos

(*) *Atenea Política*, por Alfonso Reyes, ediciones Pax, colección de autores mejicanos. Santiago de Chile. 1933.

o los no prevenidos el verdadero sentido del acto humano y de la conducta en general".

El escritor se opone con elegante elocuencia a quienes quieren ver en los años turbios y confusos que estamos viviendo un cataclismo semejante al que esperaron sobrecogidos los hombres del año mil. Ni es el fin del mundo el que se aproxima ni asistimos tampoco al derrumbe de la cultura.

Sopla una dura tempestad sobre el mundo, pero no es tiempo de acobardar ni de echarse a morir: "Yo os invito, con todo mi ánimo, a que todavía no os déis a la derrota. El que persiste acaba siempre por tener razón. Aceptad las renovaciones que el tiempo traiga y abrid el pecho a los ventarrones de la vida"

Cita Alfonso Reyes unas pavorosas y apocalípticas palabras copiadas del *Harper's Weekly*, revista norteamericana. Las copiaremos también aquí: "El presente es un momento sombrío en la historia. Por muchos años, ni en el curso de la vida de los que leen esta revista, ha habido tan profunda y grave preocupación humana; nunca ha sido el futuro tan incierto como hoy. En nuestro mismo país existe pánico y depresión comercial, y miles de nuestros más pobres conciudadanos están en la calle sin empleo y sin la menor perspectiva de obtenerlo.

En Francia, la caldera política hierve y bulle con incertidumbre; Rusia, como siempre, es la amenaza de una nube negra y silenciosa sobre el horizonte de Europa; mientras que todas las fuerzas y energías del Imperio Británico están duramente probadas en contener en la India una insurrección de vastas y mortales proporciones y, además, la posibilidad de complicaciones internacionales en China.

Es este un momento solemne y no se puede permanecer indiferente ante tales acontecimientos. Nadie puede pronosticar ni ver el fin de nuestras propias perturbaciones..."

Lo curioso es que esta cita desconsolada y terrible, cuadro resumido de nuestras desgracias presentes, ha sido tomada por Alfonso Reyes del número del *Harper's Weekly* correspondiente al día 10 de octubre de 1857. Como ante un nuevo milenario los hombres de hoy se entregan a la desesperanza, olvidando que "hemos venido a atar cabos, a enlazar especies" y que es la aspiración suprema de quien quiere salvar su alma definir la conducta humana "como un imperativo de continuidad lanzado sobre el mundo".

De allí que el revolucionario Azaña haya podido decir en el Parlamento español en el ardor de un debate apasionado: "Soy el español más tradicionalista que hay en la Península". Unica manera leal de comprender y sentir la tradición: hacer de ella una fuerza viva que hay que completar y continuar, no un fetiche muerto que hay que adorar y reverenciar para oponerlo a todo intento renovador. Todo esto lo explica Alfonso Reyes con la claridad elegante y graciosa de un estilo que afirma su calidad de clásico. Porque es la verdad que nos habla de problemas del momento, pero sabe hacerlo con tal elevación que sus palabras adquieren actualidad perenne. Pasados los años se leerán estas páginas llenas de diaphanidad y de armonía y a través de ellas, sin gritos ni estridencia, se sentirá latir la inquietud, la desorientación y el desaliento de una época afiebrada que no acierta a encontrar su camino.

Pero en las mentes claras, como en la del maestro mejicano, esta confusión es aparente y esta desesperanza inútil. El proclama sin énfasis que el fruto verdadero de las culturas es la resistencia moral para los reveses y casualidades exteriores, es decir: la fuerza de continuidad, el valor para "seguir adelante sobre las tumbas", como suspiraba Goethe; para el "impávido pisar sobre las ruinas", como cantaba Horacio.

Hay que inspirarse en el pasado como ejemplo y estímulo del presente, hay que impregnarse de la tradición de un pueblo para

superarla continuándola y eternizándola. No tiene sentido la prédica que nos invita a desdeñar la historia y a entregarnos a una vaga y frágil construcción en el vacío. Después de todo tales intentos no son otra cosa que una suicida y perezosa negación de la cultura. "Esas metáforas soberbias, advierte Alfonso Reyes, explotan el gusto literario más a ras del suelo y halagan la vanidad vulgar. Resultamos héroes a nuestros propios ojos por el sólo hecho de existir en estos tiempos de Dios. Además, nos sentimos incitados a la pereza, lo cual parece que es muy agradable: si nada nos enseña el pasado, ¡a cerrar los libros! Así se distrae a la juventud del ejercicio y el estudio que han de ser toda su defensa para mañana, con la consoladora perspectiva del fin del mundo propio consuelo de cobardes". Aquí, otra vez, hay que hacer apelación al imperativo de continuidad que Reyes predica a los estudiantes de Río de Janeiro y que el opúsculo chileno pasará a través de todo el vasto imperio de la lengua española.

Los días de Chile han dejado una huella amable y profunda en el espíritu del escritor mejicano: "Me seduce dejar a mis amigos chilenos un pequeño recuerdo de mis días en Santiago, donde siempre me acompañaron los mejores augurios: un aire templado y tónico en que se respiraban ya los primeros halagos de la primavera y la conjunción de Júpiter y Venus en el cielo nocturno". De esta visión del cielo ha brotado esta meditación armoniosa y fecunda: "No hay como el poder y el amor cuando se juntan y acuerdan; es decir, la fuerza amorosa, el anhelo de creación en el bien".

No desoigamos la lección del amigo ausente. Ella ha traído claridad en la confusión, ritmo en el desorden, armonía en el caos. Es una voz que no hay que olvidar cuando se trata de buscar una orientación en las disciplinas del pensamiento y de la vida. Mitólogo impenitente, como él mismo se llama, hará Alfonso Reyes una alusión a sus bien amadas letras clásicas, pero recordará también a sus amigos los estudiantes del Brasil, y a todos los que, al leerlo, formamos la atmósfera ideal de su auditorio, las palabras del sar-

gento instructor: "¡Para marchar en línea recta no hay que mirarse los pies, hay que mirar de frente!"

Así enlaza Reyes la eterna tradición helénica, hecha de amor al ritmo y a la perfección, con su pasión filial por las cosas de su tierra cuyo nombre pasea por el mundo con una obra llena de dignidad y de gracia.

Roberto MEZA FUENTES.

El Mercurio, Santiago de Chile,

Enero 7 de 1934.

Si el hombre puede artificialmente volar.

ULTIMO PRIMOR DE ALFONSO REYES

EDICION PRIMOROSA, primoroso hallazgo, primoroso comentario. Tres primores.

Primero: sólo trescientos ejemplares de tirada, en papel Oswaldo Vera Cruz, con grabados en madera de Marguerite Barciano. El ciento inicial, para los Cien Amigos, que ofrece Alfonso Reyes con su autógrafo para cada destinatario. Y veinticinco ejemplares con grabados impresos directamente del original por la ilustradora. Tenemos por qué enorgullecernos los amigos agraciados.

Segundo primor: el hallazgo. En el siglo XVII (1676), un monje español, Antonio de Fuente la Peña, escribe su "*Ente Dilucidado*". Discurso único, novísimo, que muestra hay en la naturaleza animales irracionales invisibles, y cuáles sean". De los duendes y trasgos, la imaginación de este capuchino filósofo, vuela hasta una postrera "duda": *Si el hombre puede artificialmente volar*. Y en la duda sienta toda la teoría física del avión. Hace tres siglos, en una celda monacal se calculan relaciones de peso, impulso y resistencia aérea; y del cálculo de la mosca y el águila, del hierro y la mecánica, de la bala y la gravedad, de la sensata incredulidad y las posibilidades del arte, concluye el monje una sentencia afirmativa, que luego niega por dogmática prudencia.

El primor tercero—y capital—es el comentario. Para el talento no hay asuntos. Hay sólo pretextos. Nada es sabroso ni importante; es él la importancia y la sabrocidad. El punto de vista, la actitud espiritual del observador, la gracia del "ente que dilucida", dan a las cosas su significación, la única que en realidad pueden tener. Así, hasta la erudición puede hacerse poesía.

El erudito, esa especie de polilla al revés, que en lugar de carcomer zurce y nos da su obra en un remiendo de papelotes con

los detestables hilvanes a la vista, se convierte en transfigurador. Hace lo que el artista: revela por animación, por dar ánima a lo inerte. La semilla milenaria se extrajo de la tumba faraónica, y se sembró. Y ya es flor.

Por su hermosura de prodigio, no conozco nada más hermoso de Alfonso Reyes que este libro. Sus versos, su *Visión de Anáhuac*, nada tiene esta noble gracia de sonrisa sobre la seriedad, de alegría sobre el papelote rancio, de frescura sobre el cálculo filosófico. La historia se hace poema. Un niño terso y suave nace en la pelvis de un esqueleto.

¡Con qué levedad tan certera se traza allí la ruta del vuelo humano! La parábola arquea su verdad desde Ícaro hasta el coronel Pablo Sidar. Y la solidez está en la gracia. Se investiga, se descubre, se analiza, se recopila; pero la distinción espiritual hermana en belleza el arte y el chiste, el error y la significación.

Alfonso Reyes—no digo novedad, lo sé—es el erudito más sabio y el más grande poeta de los libros que ha dado América.

Leed este libro cien veces admirable. Os asombrarán las cosas que Alfonso Reyes sabe, de historia y de técnica, de originales y comentarios, de teorías e intrepideces, y todo sobre aviación. Pero os asombrará más, que todo ello aparezca como en una sonrisa de niño feliz, que está serio y juega, alegre y exaltado por sus hallazgos.

No es otra cosa el poeta.

Eduardo BARRIOS.

Las Últimas Noticias. Santiago de Chile,

18 de Abril de 1934.

UN PRECURSOR DE LA AVIACIÓN EN EL SIGLO XVII

Cuando, en septiembre de 1929, Pablo Sidar realizó su maravilloso vuelo a Sud América, sus colegas argentinos del Palomar, puesto de aviación vecino a Buenos Aires, ofrecieronles a él y a su mecánico Arnulfo Cortés, un banquete.

Sentóse a la mesa, con nuestros aguiluchos, el Embajador de México. Sidar—“aviador de nombre de astro”—evocó algunas de sus propias hazañas. Se habló después sobre los antecedentes de la aviación, “sin perdonar el consabido cuento del que quiso volar vestido de pájaro, y se deshizo la cara contra el suelo, porque, aunque se acordó de los remos de las alas y el timón de la cola, se había olvidado del pico”. Vinieron también a cuento las investigaciones de Leonardo y las fantasías de Cyrano.

Terciando en la charla, Alfonso Reyes se atrevió a citar las previsiones de Rogelio Bacon, teólogo inglés del siglo XIII; recordó la máquina imaginaria del doctor Johnson, en el *Raselass*, novela filosófica del siglo XVIII; contó la premonición de cierta sonámbula que, en la feria de Neuilly, año de 1880, cuando nadie soñaba en aeroplanos, anunció a Maurice Bertaux—como sucedió al pie de la letra en 1907, siendo Bertaux Ministro de la Guerra—que llegaría a tener el mando supremo del ejército, y “moriría bajo la arremetida de un carro volador”. Pero, sobre todo, se refirió al capítulo final del *Ente Dilucidado*, libro extravagante publicado en 1676, por el filósofo español Antonio de Fuente la Peña, donde se acepta primero y luego se rechaza—ambas cosas con buenas razones—la cuestión de “si el hombre puede artificialmente volar”.

Vivamente se interesó Sidar por conocer este viejo documento. Ofreció Reyes preparar una edición moderna para él y algunos curiosos. Ha pasado el tiempo—que “es un sembradero de tumbas”—. Se estrelló Sidar. Y es ahora cuando el insigne escritor, que en

tal banquete representaba a México, viene a cumplir el compromiso, consagrándolo a la memoria de aquel bravo paladín de los aires.

La edición es preciosa. Trae cuatro lindos grabados en madera, originales de Marguerite Barciano. Y aparte una noticia bibliográfica y notas adicionales, ilustra el capítulo del *Ente Dilucidado* un admirable estudio, lleno de sabiduría y de estilo, en que Alfonso Reyes, tras de aludir al vuelo de Sidar, y de penetrar hondamente en el espíritu y en el libro de Fuente la Peña, se refiere a la historia de la aviación, ya presentida por el filósofo español del siglo XVII.

Entretengámonos—ya desde el principio nos estamos así entreteniendo—en espigar en estudio y capítulo, que muchas y buenas cosas entrañan; pues si el uno, por su gratísimo sabor de lengua vieja, “es un verdadero regalo de lectura”, y nos permite asistir “al desarrollo de una dialéctica que avanza a milímetros, sin dejar intersticios, en línea cerrada”, el otro nos cautiva por el hechizo de su prosa diáfana, por el recio y maduro pensar, y por aquella inquietud y movilidad del ingenio tan característica en Alfonso Reyes.

* * *

Antonio de Fuente la Peña era un capuchino nacido en la villa de Fuente la Peña, provincia de Zamora, y profesor en Valladolid, de cuyo convento fue Provincial durante tres años.

Su obra famosa *El Ente Dilucidado*. Discurso único novísimo, que muestra hay en la naturaleza “animales irracionales invisibles, y cuáles sean”, se imprimió en Madrid en 1676. Se divide en cuatro secciones. En la primera “se dificulta si hay animales que se produzcan de la putrefacción”; en la segunda, “se dificulta si pueden darse *in rerum natura* animales invisibles”; en la tercera, se estudia “si dichos animales invisibles sean los que comúnmente llamamos duendes, trasgos o fantasmas”; en la cuarta se trata “de las causas de los duendes o trasgos”. Divídese, a su vez, esta cuarta sección, en seis subsecciones, de las cuales, la sexta, propone seis

dudas, referida, la última, a “si el hombre puede artificialmente volar”, capítulo que es, precisamente, el que Alfonso Reyes reproduce en su edición magnífica, modernizando ortografía y puntuación.

¡Parece mentira! Ya en el siglo XVII se concebía por virtud del razonamiento, la posibilidad de volar. Fuente la Peña, en *El Ente Dilucidado*, orientándose—como expresa su moderno editor—“con un buen instinto que ni las telarañas del silogismo logran embarazar, prevé con bastante aproximación la forma actual del aeroplano, el trabajo del aviador, los tumbos del aire, los cabeceos, el rizo, la caída de las hojas, el vuelo plano y hasta los accidentes de la aviación. Tres siglos más tarde, y sólo tres siglos más tarde podrá aparecer un Painlevé, que—para demostrar la posibilidad del vuelo humano—reduzca el vuelo humano a ecuaciones”. “La ciencia le bastó al filósofo para prever la navegación aérea como un caso afín de la navegación velera; pero le faltó la imaginación para prever nuevos agentes mecánicos en su tiempo desconocidos”.

Luego de demostrar, por vigoroso raciocinio, que el vuelo humano es posible, Fuente la Peña induce el medio de realizarlo.

Véase cómo concebía el aparato: “Fabríquese—dice—una barquilla de madera en la forma del corpanchón de un águila. Fabríquense unas alas de materia ligerísima, y que tengan la longitud proporcional de la barquilla del instrumento y del hombre, como las del águila la tienen con el peso de su cuerpo. Pónganse luego éstas en los encuentros de la barquilla, como lo están en los encuentros de las aves, pero de tal manera fijas que no puedan subir jamás a juntarse arriba, y de tal manera dispuestas que el ingenio de las ruedas pueda moverlas siempre que se quiera. Añádase luego la cola proporcionada en la parte que le toca, pero de tal manera fija que el motor que va dentro pueda moverla como timón cuando sea necesario, para lo cual tendrá un cabo de madera largo, que entre hasta medio del instrumento y hasta la mano del motor”.

En cuanto al "ingenio para el movimiento"—que era la gran cuestión—el capuchino recomienda que se vea a Gaspar Escoto en su *Técnica*, donde pone, "en la disposición de unas ruedas, un movimiento tan admirable que, sentado un hombre en la popa de un gran navío, sólo con el impulso de una mano, mediante el artificio, puede mover ligeramete el bajel y conducirlo a cualquiera parte, sin más velas ni más remos que el impulso de su brazo, aumentado con el arte de unas ruedas."

* * *

Hay que fijar el susodicho ingenio "en medio de la barquilla, de modo que el centro de gravedad de toda la máquina venga a estar en el punto medio de la cantidad, para que, así equilibrado, esté más ligero o menos impedido".

"Entrese después el hombre—continúa explicando Fuente la Peña—en dicho instrumento y átese bien con él; y, sentado en el punto del medio, sobre los centros de la gravedad y cantidad, con la una mano gobierne el timón de la cola, para volverse a ladearse a la parte que gustare—a imitación del milano y demás aves, que de esta manera y con ese arte se vuelven—y con la otra mano y con los pies, y aun con la gravedad del cuerpo sobre algún muelle, mueva las ruedas del ingenio arbitrariamente, ya con más apresuración o ya más despacio, como juzgare convenir, supliendo o imitando el movimiento de las aves, y haciendo como motor, lo que el alma y facultad del pájaro había de hacer vitalmente; conque, obrándolo con la puntualidad y perfección debida, no parece que queda duda de que conseguirá el volar."

Présente el monje el aterrizaje lento, y presiente el paracaídas. Ambas ideas se las dan las faldas de las mujeres; de las mujeres que, "cayendo de parte alta, resistiendo el aire en lo hueco de las faldas, bajaron hasta el suelo tan poco a poco que no recibieron lesión alguna."

¿No es, en verdad, admirable?

Claro que Fuente la Peña no tiene confianza en su artefacto volatorio. "Preguntarás—sopla al lector—si después de todo esto correrán algún riesgo los que, curiosos, quisieran practicar esta especulación". Y responde bonitamente "que tiene por sin duda que algunos se harán pedazos, porque siendo en todas las cosas difíciles los principios, y en los de ésta muy peligrosos los yerros, haciendo no pocos los novicios por falta de experiencia, pagarán con algunas caídas la pena de su curiosidad." Dice más: "que aun después de muy experimentados y de ser maestros, no les faltarán peligros, pues el viento que los cogió volando, o el descuido que se cometió en los movimientos irreparablemente los zozobrará".

Diríase que aquel imaginativo prodigioso adelantábase a puntualizar las vicisitudes de la navegación aérea.

Por lo demás, el mismo se encargó de rebatirse. Complacido en el juego dialéctico, no bien nos demuestra la posibilidad del vuelo, ingéniase en probar todo lo contrario. A la sentencia que resuelve por la afirmativa, hace seguir la que por la negativa se decide. ¡Ambas igualmente brillantes!

Mas —como observa Alfonso Reyes—, mirándolo bien, descubrimos que la demostración positiva queda ilesa y establece la posibilidad teórica del vuelo; en tanto que la negativa sólo señala la imposibilidad práctica y actual de realizarlo. La idea había llegado a su término; la representación del hecho positivo no pudo seguir a la idea. Diérase a Fuente la Peña una fuerza motriz suficiente, y él nos habría dado el vuelo. Pero no pudo presentir "el elemento de la moción moderna: el milagro que empezó con el vapor y que acaso llegue, pasando por la electricidad y las radiaciones, hasta disponer de la energía intra-atómica."